

ARGUMENTO

ACTO I

En el palacio de Aragón, Ferrando ordena a sus hombres que estén pendientes de Manrico, el trovador y enemigo del conde de Luna. Fuera, el conde merodea impaciente esperando la llegada de Manrico. El conde está enamorado de Leonora, pero ella ama a Manrico. Ferrando cuenta la historia del viejo conde, que condenó a una gitana a morir en la hoguera. Desde la pira, pidió a su hija Azucena vengar su muerte. Azucena secuestró al bebé del conde y lo arrojó a una hoguera. Leonora escucha la voz de Manrico en la distancia y se apresura a salir a recibirle. Loco de celos, el conde reta a Manrico a duelo y ambos se pierden en la noche para pelear.

ACTO II

Manrico habla con su madre en el campamento mientras los gitanos cantan. Azucena, que no ha olvidado que debe vengar a su madre, cuenta que, cuando raptó al bebé del viejo conde, se confundió de niño y arrojó a la hoguera a su propio hijo. Manrico jura que la ayudará a obtener venganza. Un mensajero anuncia que Leonora ha entrado en un convento creyendo que Manrico ha muerto. Manrico corre hacia Leonora para impedirlo, pero el conde ha preparado un plan para raptarla. Manrico llega justo a tiempo para salvar a Leonora y juntos huyen del conde.

ACTO III

Ferrando ha capturado a Azucena y ha reconocido en ella a la gitana que raptó al hermano del conde. Al enterarse de ello, el conde ordena que Azucena muera en la hoguera. Manrico y Leonora están a punto de contraer matrimonio cuando Ruiz, un amigo de Manrico, les interrumpe y cuenta que Azucena está prisionera y ha sido condenada a muerte. Manrico lo deja todo y corre en su ayuda.

ACTO IV

Al saber que Manrico ha sido también capturado, Leonora promete entregarse al conde a cambio de la vida de su amado, pero secretamente ingiere veneno. Dentro de la celda, Manrico consuela a su anciana madre cuando llega Leonora y lo apremia para que escape. El veneno actúa con rapidez y Leonora se desploma en brazos de Manrico. Ella le dice que prefiere morir en sus brazos a estar con otro hombre. Cuando llega el conde, ordena encolerizado ajusticiar a Manrico. Al ver la ejecución que ha tenido lugar, Azucena grita que su madre ha sido vengada: el conde ha matado a su propio hermano.



IL TROVATORE

GIUSEPPE VERDI

Ópera patrocinada por:

endesa

TEMPOBADA 2018-2019

Mecenas energético

Mecenas principal

Patrocinadores principales de la Semana de la Ópera

Medios de comunicación

Con la colaboración de

endesc

Telefonica


LOTERÍAS
CON LA CULTURARedexis 

ITALIA rtve

 FUNDACIÓN AMIGO
DEL TEATRO REAL

FICHA ARTÍSTICA

Director musical	Maurizio Benini
Director de escena	Francisco Negrín
Escenógrafo y figurinista	Louis Désiré
Iluminador	Bruno Poet
Director del coro	Andrés Máspero
Maestro de esgrima	Jesús Esperanza
Lucha escénica	Enrique Inchausti
Asistente del director musical	Jonathan Santagada
Asistentes del director de escena	Jean-Michel Criquei, Leo Castaldi
Asistente del escenógrafo y figurinista	Diego Méndez Casariego
Asistente del iluminador	Robbie Butler
Reparto	
El conde de Luna	Ludovic Tézier
Leonora	Maria Agresta
Azucena	Ekaterina Semenchuk
Manrico	Francesco Meli
Ferrando	Roberto Tagliavini
Ines	Cassandre Berthon
Ruiz	Fabián Lara
Un mensajero	Moisés Marín
Madre de Azucena	Sophie Garagnon
El fantasma del hijo de Azucena, el verdadero Manrico	Saúl Esgueva, Eneko Galende
Actores	
Ariel Carmona, Álvaro Hurtado, Kike Inchausti, Javier Martínez, Xavi Montesinos, Miguel Ángel Moreiras, Giuseppe Romano	
Actores niños	
David Carasa, Unai Galende, Darío Hernández, Cristina Sánchez	
Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real	
Duración aproximada	2 horas y 45 minutos
6 de julio de 2019. 21:00 horas	

MANRICO, EL HÉROE VERDIANO Y LA FUERZA DEL DESTINO

La acción dramática de *Il trovatore* se sitúa en el siglo XV, durante la guerra civil que enfrentó al conde Jaime de Urgell, pretendiente de la corona aragonesa tras la muerte de Martín el Humano, y a Fernando de Antequera, de la rama de los Trastámara, finalmente coronado rey por el Compromiso de Caspe (1412). Este es el contexto en el que se desarrolla la tragedia homónima de Antonio García Gutiérrez estrenada en el Teatro del Príncipe de Madrid en 1836 con un éxito memorable. Mariano José de Larra, liberal e ilustrado, fue uno de los primeros en deshacerse en elogios y en considerarla una obra «plenamente romántica». Años después Benito Pérez Galdós aseguraría que el texto de García Gutiérrez escondía «una médula revolucionaria dentro de la vestidura caballeresca; en él se enaltece al pueblo, al hombre desamparado, de oscuro abolengo, formado y robustecido en la soledad: hijo, en fin, de sus obras; y salen mal libradas las clases superiores, presentadas como egoístas, tiránicas, sin ley ni humanidad».

Como afirmaba Larra, la obra es «plenamente romántica». En primer lugar porque se desarrolla en el mundo de la caballería y del romance medievales, que los románticos siempre prefirieron al mundo clásico: un castillo, un campo de batalla, un claustro y una prisión son los espacios de la trama; y en segundo lugar porque el protagonista se escapa radicalmente del arquetipo del clasicismo, que era el del poderoso encarado a la responsabilidad de su deber. Manrico, el protagonista de *Il trovatore*, encarna la esencia misma del héroe romántico trágico, obligado a jugar la partida de la vida con unas cartas marcadas por un destino adverso: es un proscrito social que se cree hijo de una gitana; es un rebelde comprometido políticamente con los Urgell, la dinastía derrotada; es un alma sensible dedicada, como trovador, a componer los poemas que cantarán los juglares, profesión revestida en la época de un aura de marginalidad; rechaza las normas sociales y cualquier sentido de la autoridad; y encima está enamorado de una dama de la corte en principio completamente inaccesible, pero que pronto descubriremos que lo corresponde, con lo que desafía ella también esas normas sociales, indiferente a la amenaza de que su amante tenga un origen tan despreciable para los demás. Y, frente a Manrico, el conde de Luna es la encarnación misma del antihéroe romántico: poderoso, perteneciente a la facción de los victoriosos Trastámara, cruel, implacable y rechazado por la dama que pretende.

Es precisamente en la figura de Manrico donde convergen las dos obsesiones que enmarcan la acción: la pasión amorosa y la pasión por la venganza. Dos tramas que tienen por protagonistas a las dos mujeres: la aristócrata Leonora, su amante, y la gitana Azucena, que lo ha criado desde su nacimiento y a quien cree su madre. Manrico es, en ambas tramas, la víctima trágica de las intrigas de los Luna. Y cuando, finalmente, el conde de Luna encierra en prisión a la madre y al hijo y ordena la ejecución del trovador, Azucena revela que Manrico es, en realidad, el hermano del conde, que ella había raptado recién nacido para vengar la muerte de su madre en la hoguera por bruja, pero que luego, incapaz de asesinarlo, había adoptado como un hijo enfrentándose ella misma a terribles pesadillas presididas por la vieja ardiendo en la hoguera y clamando venganza. Finalmente, muy a pesar de la voluntad de todos los demás personajes, se acabará consumando esa venganza que exigía la vieja desde la pira en su último aliento.

Será la fatalidad de este cruce de pasiones amorosas y vengativas lo que llevará a que, sin saberlo, uno de los hermanos ejecute al otro. Por eso Benito Pérez Galdós consideraba que «aquello de resultar hermanos los dos rivales, también tiene su miga: no es otra cosa que el principio de igualdad, proclamado de forma dramática». Todo ello dentro de la muy verdiana idea de una «fuerza del destino» contra la que se estrellan los esfuerzos del héroe que, según Pierre Milza, «Verdi hizo suya desde el principio de su carrera (...) y alimentó toda su obra, proporcionándole su tonalidad pesimista y prometeica. Pesimista, puesto que el héroe verdiano es vencido al final, al igual que el hombre en su lucha contra la muerte. Prometeica, puesto que, aunque sea desesperado, el cuerpo a cuerpo con el destino legitima su existencia y fundamenta su grandeza».

Joan Matabosch es el director artístico del Teatro Real